Desandando el camino

Usoa Iriberri Zubiola
Nacida en Gipuzkoa en 1979
Adoptada en esa misma provincia
Ilustraciones: Enara Nieto Iriberri

Era un viernes soleado de marzo de 2023. Caminaba nerviosa calle arriba, calle abajo. Esperaba un encuentro con el que nunca tuve derecho a soñar. Me temblaba todo el cuerpo. Los pensamientos se agolpaban desordenados en mi mente.

Yo, que siempre tengo todo bajo control, estaba a la deriva, expuesta a la incertidumbre. Mi trabajadora social me había preparado para casi todo, menos para esta pregunta: ¿cómo se saluda a la madre biológica?

Mi ansiedad barajaba las opciones compulsivamente: estrechar la mano, como en un entorno laboral; darle dos besos, como cuando te presentan a alguien; abrazarla, porque es "mi madre"; saludarla desde lejos y quedarme a dos metros, a salvo…



Caminaba dando paseos a toda velocidad, como un maratoniano sin meta, hasta que, de pronto, el portal de la pensión donde ella se alojaba se abrió. Salió ella. Aunque había visto alguna foto suya antes, podría haber dudado, pero la reconocí al instante. No había duda.

Para mi alivio, caminó hacia mí sonriendo. Extendió los brazos y dijo:

–Por fin puedo darte el abrazo que nunca pude darte.

Nos abrazamos, y aquella tarde sentí que las grietas de mi espejo comenzaban a repararse.

Ese encuentro fue el resultado de un proceso largo y angustioso: la búsqueda de mi identidad. Durante 42 años había vivido a la sombra y el silencio de la inmensidad del tabú. Nunca me sentí autorizada a desandar el camino y regresar al lugar donde nací. Mis padres, buscando inútilmente una normalidad familiar, optaron por el secreto casi completo. No lo fue porque cuando tenía cinco años me informaron que era adoptada. Pero después, nunca más se volvió a hablar de ello, manteniendo latente una grieta que nunca se cerraría.



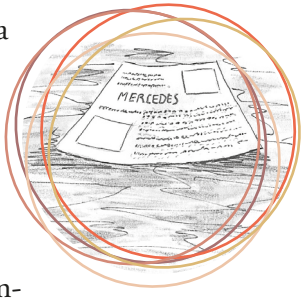
Los padres y madres, sean biológicos o adoptivos, siempre buscan evitar el sufrimiento de los hijos o hijas, y en aquella época lo habitual era optar por el silencio para normalizar la situación. “Lo que no se habla, no existe”, así pensaban los padres y madres de los años 70 y 80.

Sentía vergüenza de ser adoptada. Me veía siempre diferente a los demás. Ahora sé que aquellos sentimientos no eran un capricho de juventud o de rebeldía: fueron un obstáculo real en mi vida, que no me dejaba avanzar libremente. A veces me pregunto si alguien del resto de mi familia pensó alguna vez en la necesidad que yo podría tener de hablar sobre mi adopción, de cómo me sentía, de mis deseos de identidad.

Cuando ahora alguien me pregunta cuándo empezó mi búsqueda, suelo responder que comenzó hace mucho tiempo. Cuando tímidamente me permitía leer libros o ver películas sobre adopción. Solo me atreví a hacerlo cuando dejé de vivir con mis padres: ellos no podían ser testigos de aquella afición secreta. Por un lado me causaba vergüenza; por otro, un profundo conflicto de lealtad. Mucha gente a mi alrededor se afanaba en recordarme la suerte que tenía por haber sido adoptada por unos padres tan maravillosos, por los que “debería estar agradecida”.

Secretismo

En aquella fase de secretismo, los libros me acompañaban. Ellos no hablaban. No me delataban. No los compartía con nadie. No los comentaba con amigas ni familiares. Eran compañeros que no me juzgaban. Así pasaron largos años.



Era verano de 2008. En unos meses me iba a casar y necesitaba ciertos documentos. Pedí a mi padre que solicitara una partida literal de nacimiento en el juzgado. Me entregó dos: una con mi primer nombre y otra con el actual. Aquella fue la primera vez que supe cómo me habían llamado al nacer.

Me llamaba Mercedes.

Seguramente fue un nombre puesto por un funcionario, un cura o una trabajadora social del hospital. A pesar de ello, era importante. Era mío. Mi única huella de nacimiento. Yo no tenía álbum de fotos de recién nacida, ni bautizo. Era como si mi nacimiento hubiera sido borrado. Aquel día, frente a aquel papel, al menos supe que tuve un nombre. Guardé la partida en el bolso y no pregunté nada. Al fin y al cabo, había sido educada para guardar silencio.



Un año después nació mi primera hija. Por fin alguien que era sangre de mi sangre. Una pequeña persona que se parecía a mí. Me aterraba morir y dejarla sin madre. Más tarde supe que ese miedo es común, pero entonces me paralizaba. Sentía verdadero terror.

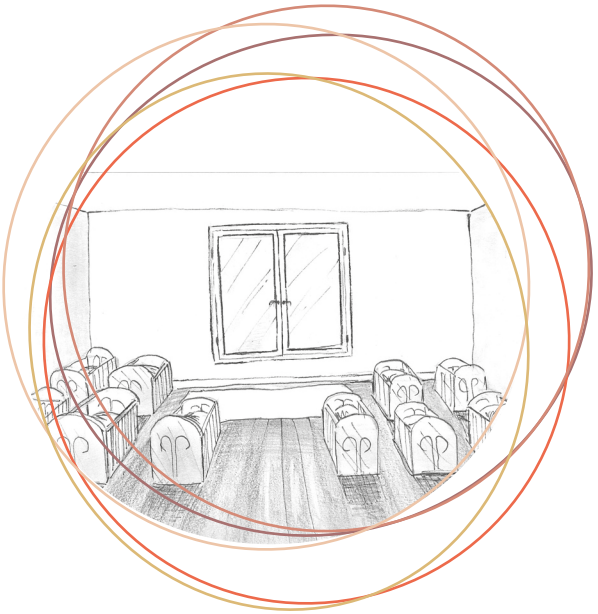
En 2011, año y medio después, mi padre falleció de forma repentina. El dolor fue enorme. Inesperadamente, ese dolor volvió a recordarme que yo era adoptada y rescató del olvido mi eterna y desautorizada pregunta: ¿quién era yo?

Sin embargo, una vez más, mi tarea era cuidar a los demás. Sacar a mi madre del hoyo. Proteger a mi familia. Así, mi pregunta volvió a quedar enterrada.

Meses más tarde nació mi segunda hija. La conexión con mi dolor primario volvió a aparecer, pero tampoco entonces tuve tiempo ni permiso para sentirlo. La pregunta volvió a volar.

Pasaron los años. A raíz de unos trámites familiares, tuve que buscar el libro de familia. Lo encontré en aquel armario, junto a mis papeles de adopción. Ese armario guardaba en silencio, bajo el tabú familiar, mi identidad, durante 42 años, tan cerca, pero a la vez, tan inalcanzable.

Lo más impactante fue descubrir mi paso por la Casa Cuna de Fraisoro, una institución benéfica tutelada por la Diputación y destinada a acoger niños abandonados, donde pasé mi primer mes de vida. Me invadió una tristeza profunda al imaginarme como un bebé, sin calor materno, en una cuna temporal, en un lugar frío e impersonal.



Mi primera reacción fue llamar a mi marido. Él fue mi primer aliado en esta aventura. Después, tecleé "Fraisoro" en Google y encontré un artículo de la Diputación Foral de Gipuzkoa sobre el derecho a conocer los orígenes. No lo dudé. Al día siguiente llamé y solicité la búsqueda de mi expediente.

El día que pude al fin verlo y tocarlo fue como abrir un viejo baúl y encontrar un tesoro. A partir de entonces, comenzó un largo proceso de preparación para conocer mis orígenes. Por primera vez tuve un lugar seguro donde hablar de mi abandono y de mi adopción sin sentir culpa, y sin miedo a juicios ni al dolor ajeno.

Fantasías

Fantaseé con mi madre biológica. Intentaba ponerle el rostro de las mujeres que veía en los autobuses y trenes. Me la imaginaba monja, delincuente, sin hogar. Pero la fantasía que más se repetía era la de una muchacha joven llegada del sur para trabajar para un señorito.

El día que supimos que mi madre biológica estaba viva y vivía en otra comunidad, me ofrecieron escribirle una carta. Lo hice. Esperé. Pasaron los meses. Un día mi trabajadora social me llamó: había contestado. A día de hoy admiro su valentía por encima del silencio que pudo imperar sobre mi existencia a lo largo de su vida.

En su carta descubrí su edad y que tenía tres hijas más. Mencionaba sus nombres. Yo respondí, añadiendo cuatro fotos. Ella volvió a escribir. Luego llegó el silencio. Y la Navidad.

El 24 de diciembre, mientras preparaba la cena de Nochebuena, recibí un mensaje de Facebook. Era de una chica: una de las hermanas que mi madre mencionaba en la carta. Con voluntad y esfuerzo, me había buscado, me había encontrado y decidió escribirme, saltándose el protocolo ante el silencio administrativo de su comunidad.

Al leer su mensaje sentí dos sentimientos encontrados: alegría por la posibilidad de tener una hermana, y tristeza por todo lo que no habíamos compartido. Decidí responderle. A veces, lo que uno siente está por encima de cualquier protocolo.

Desde entonces intercambiamos fotos, llamadas, lágrimas y risas. Ella fue el mejor regalo de aquellas navidades. Después llegaron las otras dos hermanas. Más tarde supe que una de ellas también había sido dada en adopción. Esta hermana también había realizado su propia búsqueda años atrás, la hizo sin mediación, a través de las redes sociales.



El proceso fue largo. Hubo viajes, emociones intensas, cansancio. Pero todo mereció la pena. Hoy nos sentimos agradecidas por esta segunda oportunidad de encontrarnos, a pesar de la distancia.

Durante el proceso hubo información confusa por parte de la madre biológica. Tal vez por el trauma, el paso del tiempo o la vergüenza. A pesar de saber que esto es habitual, duele. Produce angustia y rabia.

Una de las cosas que más me dolió fue saber por ella que mi padre biológico había muerto. Pero no era cierto, la información que había recibido ella era equivocada. Estaba vivo. Gracias a la ayuda de mis hermanas dimos con su correo electrónico.

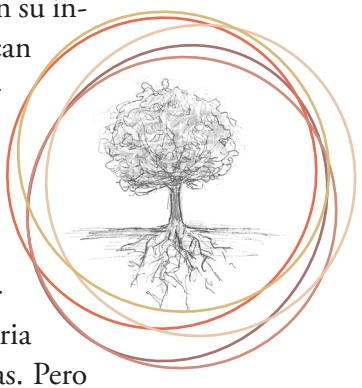
Con él, todo empezó con un correo electrónico en enero de 2024. Y, una vez más, fui una chica afortunada: él también quiso saber de mí. Tenía dos hijos y una hija. La vida me regalaba tres hermanos más. Incluso, tiempo después, pude asistir con mi familia a la boda de uno de ellos.

Este camino ha sido largo. Comenzó hace muchos años, pero su última parte fue posible gracias al acompañamiento profesional, a la madurez y a la experiencia. Sé que con veinte años no habría podido atravesarlo.

Siendo yo hija única, siempre soñé con tener hermanas y hermanos. Todos ellos, desde la más pequeña hasta la mayor, son un regalo precioso. Ojalá hubiéramos tenido la oportunidad de compartir tardes de juegos, viajes o travesuras juntos. Debo decir que me gustaría que vivieran más cerca para compartir con todos ellos cualquier momento del día a día. Pero, una vez más, debemos aceptar las circunstancias tal y como se nos presentan y aprovechar los pequeños encuentros que nos regala la vida.

Tabú roto

Pude compartir los hallazgos con mi familia adoptiva, especialmente con mi madre. Fue la parte más difícil: romper el tabú de casi medio siglo. Sé que ella ha hecho un gran esfuerzo, aunque solo haya sido en su intimidad familiar. Las creencias del siglo pasado no se arrancan fácilmente. Me quedo con su valentía al conocer a mis hermanos y hermanas, y a mi madre y padre biológicos, algo impensable al inicio de este proceso.



La búsqueda aligeró mi mochila. Aprendí a entender, a perdonar y a agradecer. Pero esto no se logra de la noche a la mañana, es necesario escuchar, asimilar las historias, abrazar los sentimientos de luz y oscuridad, y crear tu propia historia construida sobre piezas de Lego que a veces son imperfectas. Pero cada uno, en esta historia, tiene su propia verdad, sus memorias, su manera de recordar y su manera de revivir el pasado. Todo esto me hizo más fuerte. Aprendí a querer y a admirar a la niña que fui. Romper el secreto y mirar al pasado, aunque duela, nos fortalece. No somos solo presente: también somos pasado y futuro. Y merecemos abrazarlos a todos.

En la actualidad mantengo el contacto con todas estas nuevas personas que han surgido de mi pasado y de mi nuevo presente. Con algunas el vínculo es más estrecho, como es normal en la vida. Pero lo más importante

es que todos sabemos ahora de nuestra existencia y que, a pesar de la distancia, seguiremos estando presentes los unos para los otros. Solo puedo decir que siento un profundo agradecimiento hacia todos ellos y ellas por sus aportaciones, pequeñas o grandes, para convertirse en mis compañeros de este viaje a mis orígenes.

